

04.

# Revisitando el debate sobre la cultura del narcisismo: ¿Ocaso del sujeto en el capitalismo tardío?

Revisiting the debate on the Culture of Narcissism: Decay of the subject in late capitalism?

Rigoberto Hernández Delgado  
Universidad Michoacana de San  
Nicolás de Hidalgo  
Facultad de Psicología

recepción: 6 octubre 2022  
aceptación: 12 enero 2023

## Resumen

Este texto se propone recuperar y analizar las tesis y argumentaciones acerca de la llamada “cultura del narcisismo”, contenidas en las propuestas teóricas de numerosos pensadores y pensadoras desde las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX y hasta la actualidad. Se pretende encontrar elementos conceptuales transversales, así como discordancias teóricas entre estas propuestas. Para realizar este análisis se parte de la estela teórica heredada por la Teoría Crítica y, en particular, de las tesis de Theodor W. Adorno acerca de la disolución del individuo posliberal y el daño narcisista en el sujeto del capitalismo monopolista del siglo XX. Así como lo hacen el propio Adorno y la mayoría de los autores y autoras que se revisarán, se enfatiza el papel que los conceptos psicoanalíticos juegan en la comprensión de la cultura del narcisismo. Finalmente, se reflexiona acerca de la idea, sostenida por varios pensadores contemporáneos, de la desaparición del sujeto por el efecto de los mecanismos masivos de enajenación en las sociedades del capitalismo tardío, y como una consecuencia extrema de la cultura del narcisismo.

### *Palabras clave:*

*narcisismo, cultura del narcisismo, sujeto, capitalismo, psicoanálisis*

## Abstract

This text aims to recover and analyze the theses and arguments about the so-called “culture of narcissism”, contained in the theoretical proposals of numerous thinkers from the 1960s and 1970s to the present day. It is intended to find transversal conceptual elements, as well as theoretical discrepancies between these proposals. To carry out this analysis, we start from the theoretical trail inherited by Critical Theory and, in particular, from Theodor W. Adorno’s theses in relation to the dissolution of the post-liberal individual and the narcissistic damage in the subject of twentieth-century monopoly capitalism. As well as Adorno himself and most of the authors that will be reviewed, we emphasized the role that psychoanalytic concepts play in understanding the culture of narcissism. Finally, we reflect on the idea, held by several contemporary thinkers, of the disappearance of the subject due to the effect of massive alienation mechanisms in late-capitalist societies, and as an extreme consequence of the culture of narcissism.

### *Keywords:*

*narcissism, culture of narcissism, subject, capitalism, psychoanalysis*

Nos proponemos realizar un recorrido por los debates teóricos y políticos que se han llevado a cabo desde la década de los sesenta y hasta la actualidad en torno al surgimiento y desarrollo, en los países occidentales capitalistas posliberales, de una forma de cultura con características específicas designada como “narcisista”. El término “cultura narcisista” o “cultura del narcisismo” se puso en circulación en los debates intelectuales sobre todo a partir de la publicación, en 1979, del *best seller* del sociólogo norteamericano Christopher Lasch titulado *La cultura del narcisismo*. Pero la concepción de una “cultura” con características narcisistas —las cuales serían atribuibles, en principio, solo a individuos— deriva de una serie de supuestos sociológicos que parten de la constatación clínica en el psicoanálisis, desde aproximadamente la mitad del siglo XX, del aumento de casos afectados por síntomas de narcisismo patológico. A pesar de que la adjetivación “narcisista” provenga de los hallazgos en la clínica psicoanalítica, también es necesario tomar en cuenta que buena

parte de los argumentos sostenidos en los debates sociológicos y filosóficos, en torno a este tema, se desarrollan en la estela teórica atribuible a un cierto número de tesis acerca de la disolución del individuo y el daño subjetivo narcisista, provenientes de la Teoría Crítica y, en particular, del pensamiento del filósofo Theodor W. Adorno.

Recordemos que para algunos de los pensadores de la Teoría Crítica (Max Horkheimer, Theodor Adorno y luego, Herbert Marcuse) las transformaciones socioeconómicas sobrevenidas con el pasaje desde el capitalismo liberal hasta el capitalismo monopolista autoritario o democrático, sobre todo a partir de la década de 1930, producen notables “mutaciones antropológicas” (Maiso, 2019) de amplio calado. Las nuevas formas de administración social ampliadas y propiciadas por el avance de la industria cultural propician un debilitamiento subjetivo en el individuo posliberal que se manifiesta como pérdida de autonomía y anulación del pensamiento dialéctico y crítico. Adorno (1952/2004) nos dice que el daño narcisista que padece

el sujeto es una “herida” que, en su reiteración continuada por obra de los mecanismos enajenantes de la industria cultural, resulta en una “agregación” y afirma un “extrañamiento” de la sociedad (23). Las heridas del yo se sedimentan en un “sistema de cicatrices” (23), y se integran solo mediante el padecimiento y el acorazamiento del propio yo, aunque esta integración nunca sea completa.

Tanto Adorno, como Horkheimer y Marcuse, asumen la tesis de que el debilitamiento narcisista del yo, como núcleo de la individualidad, se debe en buena medida a la caída de la autoridad paterna y de la familia patriarcal en las sociedades capitalistas posliberales, en las cuales el enorme aparato administrativo del Estado y del mercado ampliado por la industria cultural ejercen un nuevo tipo de autoridad socializadora directamente sobre los individuos, anulando la mediación del poder paterno.<sup>1</sup> Los mecanismos de identificación e internalización del Ideal del yo —que Freud había aislado como determinantes para la constitución dialéctica de un yo relativamente autónomo— quedan obturados y la totalidad social reificada puede modelar la subjetividad directamente desde su base pulsional sin ninguna mediación familiarista.<sup>2</sup> Es apoyándose en estas tesis sociológicas y filosóficas, provenientes de la

---

<sup>1</sup> Cabe aclarar que los conceptos de “capitalismo posliberal”, “capitalismo monopolista posliberal”, “capitalismo autoritario posliberal” o “capitalismo tardío”, que se emplearán frecuentemente en este artículo, se usan de acuerdo con la teorización de la Teoría Crítica, correspondiente sobre todo a los trabajos de las décadas de los treinta y cuarenta del siglo XX. En ellos podemos apreciar un análisis que nos muestra que, después de las fallidas o incompletas revoluciones socialistas de las primeras décadas del siglo XX, la configuración del campo político, económico y cultural de varios países europeos y de Estados Unidos comenzó a mostrar remodelaciones evidentes, sobre todo con relación entre la dinámica económica del mercado y la regulación política del Estado. Asistimos entonces a la consolidación de un “capitalismo autoritario posliberal” (Zamora, 2018: 1000), ya sea en la forma de la conformación de los Estados fascistas —en especial el nacionalsocialista— o del *New Deal* norteamericano. El capitalismo posliberal, es decir, el capitalismo que toma forma con la producción fordista, no puede ya solamente entenderse como un modo de producción económica, sino como un entramado complejo de socialización, es decir, como un extenso entramado de mecanismos de modelamiento de las relaciones sociales. Pero también el capitalismo monopolista, en su estrecha relación con la regulación estatal, es un gran aparato cultural que modela la subjetividad de los individuos mediante una socialización que ya no se reduce a la dominación en los límites de la actividad laboral. No podemos aquí internarnos en la polémica surgida al interior de la Teoría Crítica en el tiempo del exilio, respecto de las transformaciones en el capitalismo autoritario monopolista y de su estructura interna, es decir, de la relación entre el Estado autoritario o intervencionista y el capitalismo monopolista a partir de la década de 1930. Zamora (2001, 2018) explo-

Teoría Crítica, que un buen número de pensadores y pensadoras van a extrapolar, a partir de la década de los sesenta y setenta del siglo XX, los hallazgos de la clínica psicoanalítica para plantear el problema de una cultura del narcisismo.

A continuación, vamos a retomar los planteamientos psicoanalíticos provenientes de la clínica de los trastornos del llamado “carácter narcisista” y de los “estados fronterizos”, recapitulando los hallazgos de Heinz Kohut y Otto Kernberg. Luego

ra la polémica y señala que las dos posiciones dominantes al respecto eran las de F. Pollock y la de F. L. Neumann, quienes coincidían en la apreciación de que el capitalismo se estaba moviendo hacia una conformación basada en la monopolización. No obstante, ambos pensadores disentían en cuanto al papel que le atribuían al Estado en dicho movimiento. Por su parte, Pollock afirmaba el planteamiento según el cual lo que se podía apreciar en todo esto era el pasaje hacia un capitalismo de Estado, en el que el poder político estaba sustituyendo progresivamente a la regulación del propio mercado sobre sí mismo, y cuya consecuencia más terrible sería la constitución de los estados fascistas como ya se estaba constatando con el ascenso de nacionalsocialismo en Alemania. Por otro lado, Neumann defendía la idea de que el incremento de la política estatal reguladora sobre el mercado podía considerarse como el producto del propio desarrollo del capitalismo monopolista, el cual se servía del Estado y de su poder burocrático para resolver las crisis del mercado y propiciar una economía

abordaremos algunos estudios provenientes de la sociología de los años sesenta y setenta, que denuncian el avance de una “cultura terapéutica”, según Phillip Rieff, o de una cultura afectada por el declive de lo público, de acuerdo a Richard Sennett, así como de una cultura del narcisismo propiamente dicha, según la propuesta de Christopher Lasch. Después, continuaremos con el recuento de los análisis marxistas más recientes sobre el narcisismo a partir de aquellos pensadores que realizan una lectura apoyada en la enseñanza laca-

---

planificada. Los análisis de Horkheimer y de Adorno correspondientes a su *Dialéctica de la Ilustración* y a sus escritos posteriores muestran que su orientación se decantó erróneamente hacia las tesis de Pollock, al no percatarse de que la formación de monopolios no rompe con la ley de la acumulación capitalista, lo cual, como Zamora (2001, 2018) señala, no dejó de tener un efecto teórico interesante y fructífero en sus análisis del fascismo y de la industria cultural.

<sup>2</sup> El problema de la disolución del individuo posliberal, y sus consecuencias subjetivas en el pensamiento de Adorno y de otros representantes de la Teoría Crítica, ha sido examinado detalladamente por José Antonio Zamora (2003; 2004; 2007; 2013; 2018; 2021) y por Jordi Maiso (2013; 2019), entre otros autores y autoras. Puede consultarse también mi artículo titulado “Disolución del individuo y daño subjetivo en el pensamiento de Theodor W. Adorno”, publicado en el número 14 (diciembre de 2022) de la revista *Consultaciones. Revista de Teoría Crítica*.

niana, es decir, desde una “izquierda lacaniana”, tales como Slavoj Žižek y Jan De Vos, pero también desde la lectura de Anselm Jappe, representante de la orientación denominada “crítica del valor”. Por último, vamos a recuperar las tesis de Alain Ehrenberg acerca de la crisis del sujeto del rendimiento en las sociedades del capitalismo neoliberal, sujeto afectado de esa extenuación característica de la condición depresiva contemporánea. Procuraremos establecer una relación, en este último momento del texto, entre el narcisismo y la depresión en la cultura contemporánea. Finalizaremos con algunas reflexiones críticas en torno a estos problemas y, en particular, con un cuestionamiento del supuesto acerca de una anulación total del sujeto en el capitalismo contemporáneo.

## 1. El psicoanálisis y el ascenso del narcisismo patológico

Desde mediados del siglo XX, los psicoanalistas se dieron cuenta de la disminución en la frecuencia con que se presentaban en los consultorios las formas clásicas de las neurosis freudianas. Para ese tiempo, los cuadros sintomatológicos de los pacientes que solicitaban un psicoanálisis muy poco se parecían a los síntomas que Freud describe en la mayoría de sus obras clínicas y, en cambio,

presentaban malestares que se enquistaban en una conformación de carácter duradero y reacio a la técnica analítica tradicional. En términos generales, estos malestares no podían simplemente recortarse sobre el fondo general de una vida individual relativamente sana, sino que era la vida entera la que se había convertido en una fuente permanente de un malestar difuso y omnipresente. Muy atrás habían quedado los definidos cuadros histéricos u obsesivos que habían sido el fundamento empírico de la metapsicología freudiana, y mucho más atrás las estrambóticas crisis histéricas charcotianas. Recordemos que ya Wilhelm Reich (1933/1957), Erich Fromm (1932/2011) y los culturalistas habían planteado el problema del “carácter” como una conformación endurecida o una “coraza” de rasgos psíquicos y comportamentales, los cuales eran el producto de represiones sobre la sexualidad o sobre impulsos hacia la autorrealización. Bajo esta situación, se pasa entonces de la denominación tradicional de “síntoma neurótico” a la de “carácter neurótico” (Jacoby, 1980: 59). Recordemos también que, para el último tramo de su obra, Freud ya había expresado su pesimismo terapéutico no solamente con relación al progreso cultural que aspira a la felicidad humana, sino también acerca de la capacidad terapéutica del psicoanálisis para eliminar todos

los síntomas de la neurosis. Casi al final de su vida, Freud (1937/2004) nos dice que el éxito terapéutico del psicoanálisis solo podía darse cuando “el yo de los pacientes no estaba alterado de una manera notable” (223), es decir, cuando los mecanismos que el yo emplea para defenderse contra la angustia, no lo hubieran alterado al grado de constituirlo en un “carácter” patológico duradero.

En efecto, en los trastornos del carácter es el yo el que se encuentra entera o casi enteramente comprometido con el padecimiento que lo aqueja. Si el síntoma neurótico aparecía ante el propio sujeto como un cáncer que había que eliminar, el carácter neurótico en cambio hace cuerpo con el yo del enfermo. Este cambio en la constitución subjetiva del malestar pone en primer plano al yo y su naturaleza patológica, y exige una reconsideración de las posibilidades terapéuticas que el psicoanálisis ofrece. Esta reconsideración depende, sobre todo, del hecho de que los sujetos afectados por una alteración de carácter no suelen manifestar la postura inquisitiva hacia su malestar o sus síntomas, que era característica del sujeto neurótico. Los nuevos enfermos no suelen estar motivados ni para buscar alivio ni para buscar entendimiento de su afección.

Es sabido que, para la década de 1970, la investigación acerca de los problemas clínicos del yo y sus patologías —a saber, los trastornos relacionados con el narcisismo— se cristalizó en la publicación de dos obras de gran influencia, no solamente dentro del psicoanálisis anglosajón, sino en la sociología y en un cierto número de debates intelectuales en esa época.<sup>3</sup> En 1971, Heinz Kohut publica el libro *Análisis del self*, en el que problematiza principalmente lo que denomina “trastornos narcisistas de la personalidad”. Mientras que, en 1975, Otto Kernberg publica el libro *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*, en el cual, además de analizar los trastornos que ponen en juego el narcisismo del yo, se enfoca en examinar la forma extrema de dichos trastornos, a la que denominará “condición fronteriza”, “límitrofe” o “borderline”. A diferencia de los neuróticos, cuyas vidas se tornaban marginales debido a sus padecimientos, los pacientes narcisistas manifiestan una “adaptación superficialmente eficaz” aunque con “serias distorsiones en las relaciones internas con otras

---

<sup>3</sup> El interés clínico del psicoanálisis por el problema del narcisismo no se funda en este tiempo, sino que se remonta a los planteamientos que Freud (1914/2004) ofrece en su artículo metapsicológico de 1914 titulado *Introducción del narcisismo*.

personas” (Kernberg, 1975/1979: 235). En lugar del agudo tormento que los síntomas neuróticos deparaban a los pacientes de la clínica tradicional, los pacientes narcisistas suelen quejarse de malestares vagos, referidos usualmente como “sensación de hastío y futilidad”, o de “permanente incertidumbre e insatisfacción con ellos mismos” (235-236). A contrapelo de lo que suele considerarse coloquialmente, el carácter narcisista no se manifiesta solamente como un egoísmo concentrado en la persona propia, sino que este egoísmo es de un tipo tal que impulsa al sujeto a hacer del mundo una superficie especular sobre la que proyecta sus necesidades y deseos de forma solipsista. El narcisista no es mónada impermeable al mundo, sino que tiende a hacer del mundo un reflejo de su propio yo negando la diferencia que caracteriza la otredad.

Kohut denomina a esta clase de yo “self grandioso” para enfatizar su “estructura grandiosa y exhibicionista”, la cual constituye la contrapartida de la “imago paterna idealizada” (Kohut, 1971/2015: 41), que es la forma del Ideal del yo que se instaura en las neurosis típicamente edípicas. Kohut ha identificado el tipo de transferencia específica que se activa en la relación terapéutica del paciente narcisista y la ha denominado “transferencia especular”, la cual se entiende como una

“revivencia terapéutica de aquel aspecto de una fase evolutiva (correspondiente de modo aproximado al estado que Freud llamó “yo placer purificado”) en la que el niño intenta salvar el narcisismo originariamente omniabarcador” (112).

Los psicoanalistas que se enfocan en el problema del narcisismo patológico a partir de los setenta están profundamente influidos por la herencia de la enseñanza kleiniana, ya sea de forma directa, como discípulos, o de forma indirecta, mediante la influencia que la teorización sobre las relaciones de objeto había tenido en el desarrollo del psicoanálisis norteamericano. Como señala Zaretsky (2004/2012), los y las kleinianas, en abierto debate con la ortodoxia freudiana, enfatizaban el papel de la madre en el desarrollo psíquico y una forma de castración preedípica que se hacía efectiva en la separación corporal y afectiva del niño respecto de la madre. Esto resulta relevante ya que, desde este enfoque, la etiología del narcisismo patológico ya no se busca esencialmente en la represión edípica o en algún trauma específico, sino en las primitivas relaciones del niño con la madre.

El problema del narcisismo, como señala Kohut (1971/2015), puede reconducirse al propio narcisismo de los padres y la manera en que estos toman al niño como

objeto de su propia satisfacción especular mediante una actitud fría, distante o desinteresada.<sup>4</sup> Es por ello que la crianza —y ya no solamente la clínica de la neurosis en sí misma— se convierte en foco de reflexión de los y las psicoanalistas de la posguerra, quienes orientaron su interés en la comprensión del papel de los padres, y específicamente de la madre, en la formación de hijos con un yo sano. Al enfatizar el papel “real”, no solamente fantaseado de los padres en la crianza de niños sanos o enfermos, y también de las formas en que institucionalmente estos problemas podrían agudizarse o resolverse, los psicoanalistas comienzan a convertirse en expertos orientadores en higiene moral dentro de la familia y en pedagogos preventivos o correctivos en muchos contextos institucionales. Es decir, progresivamente, las preguntas sobre las causas y las soluciones del narcisismo patológico apuntan a una comprensión social y cultural, no solamente individual y familiar en su forma tradicional edípica. Por ello, casi inmediatamente después del surgimiento del interés clínico por el narcisismo patológico en los setenta, vamos a constatar que este problema se proyectará y explotará fuera de los límites de la reflexión al interior del psicoanálisis, en parte porque la experticia psicoanalítica había, desde tiempo atrás, desbordado sus propios límites clínicos. Así es como la reflexión so-

bre el narcisismo patológico dará paso a la problematización acerca de una cultura productora de narcisismo.

## 2. Del narcisismo patológico individual a la cultura del narcisismo: la sociología de Phillip Rieff, Richard Sennett y Christopher Lasch

Nos interesa ahora situar las coordenadas de un debate intelectual que se dio principalmente en el contexto anglosajón de la década de los sesenta y los setenta del siglo XX acerca del narcisismo y su relación con cierta forma de cultura. Este debate puede enmarcarse alrededor de la publicación de dos obras que marcan el rumbo de la polémica que nos interesa. Primero, el libro de Richard Sennett titulado *El declive del hombre público*, cuya primera edición corresponde al año de 1977 y, segundo, el libro *La cultura del narcisismo* de Christopher Lasch, publicado en 1979. Mientras que Sennett se enfoca principalmente en rastrear las raíces históricas de

---

<sup>4</sup> Dice Kohut (1971/2015): “Como se sabe, por lo general, el trauma genético esencial se funda en la psicopatología de los padres, en particular en las propias fijaciones narcisistas de estos” (88).

la transformación de las relaciones entre el ámbito público y el privado en las sociedades liberales desde el siglo XVIII, y del angostamiento del primero en beneficio del último, Lasch, por su lado, se dedica a describir y a analizar agudamente las características políticas, institucionales, familiares, mediáticas, literarias y lúdicas de un tipo de cultura que él califica de “narcisista”, en sentido psicoanalítico. Pero antes debemos dar un paso hacia atrás para detenernos en un referente previo que prepara el camino para el debate sobre la cultura del narcisismo en las dos obras referidas.

El valor de lo subjetivo y lo personal en la presentación pública del individuo es algo que se consolida a lo largo del siglo XX, y guarda una relación estrecha con el avance de una cierta concepción ideológica de la persona como centro agente de la actividad económica, política y social. Esta inflación de lo personal en el terreno de la vida pública y política encuentra sus raíces, al menos en parte, en el avance y la consolidación de lo que Phillip Rieff (1966/2007) denomina el “hombre psicológico” a través de “el triunfo de la terapéutica” en la cultura occidental. Esta forma de cultura promueve la constitución de un tipo de sujeto que, a través de la matriz terapéutica promovida por una interpretación americanizada del legado de

Freud, pretende darse una identidad propia rebelándose contra las constricciones de la vida social, o incluso configurando una sociabilidad basada en la forma de su mundo privado. *El triunfo de la terapéutica* es el título de esa otra obra escrita por Rieff y publicada en 1966, la cual funge como aquel referente previo al debate sobre el narcisismo que señalábamos en el párrafo anterior.

En coincidencia parcial con algunas de las tesis de Adorno, Horkheimer y Marcuse, Rieff enfatiza que este hombre psicológico posfreudiano se caracteriza esencialmente por su negativa al renunciamiento de la satisfacción de sus deseos. Desde esta perspectiva, la era terapéutica, correspondiente al segundo tercio del siglo XX, se caracteriza por un “fracaso cultural del superyó” (Rieff, 1966/2007: 207), lo cual implica un colapso de los mecanismos psíquicos morales y judicativos que anclaban al sujeto de las sociedades democráticas liberales a la hegemonía cultural, so pena de culpabilidad y sufrimiento psíquico. El declive de la identificación con el Ideal del yo paterno se abre camino mediante los mecanismos que la industria cultural pone en marcha en las sociedades posliberales. Para Rieff, la psicoterapia —como dispositivo clínico, pero también en su forma extendida como discurso cultural y mediático— ha fungido como uno de los

mecanismos más eficaces para desmantelar la identificación del sujeto con los ideales de la comunidad. El sujeto terapéutico, nos dice Rieff, está “ansioso por incrementar su capital psicológico” (218) y, en general, las sociedades modernas han llegado a estar “comprometidas, cultural y económicamente, con el evangelio de la autorrealización” (215).<sup>5</sup>

Para Richard Sennett (1977a/1978) el narcisismo característico de los sujetos hacia finales de los setenta es fundamentalmente el producto del declive de un *ethos* orientado hacia lo público, que había dirigido la forma de conducción de la vida personal hasta más o menos el siglo XIX en las sociedades europeas y en las colonias europeas en Norteamérica. Esta forma de conducción personal dirigida hacia lo público puede entenderse, de acuerdo a Sennett, como la capacidad individual de asunción de un papel o de un rol a la manera de una representación en el gran teatro de la vida pública. La capacidad subjetiva de adoptar una máscara en el juego de las relaciones sociales permitía la inserción del individuo en una comunidad política, y permitía también dirimir las dificultades de la convivencia social mediante el ejercicio de un guion político adecuado al teatro de la vida pública. Entonces, hasta cierto momento de la modernidad, el rol social de actuación

del individuo estaba dictado por normas confeccionadas a la medida de la esfera pública —terreno por excelencia de las relaciones políticas—, mientras que la vida privada se mantenía marginada y confinada predominantemente dentro del recortado ámbito que abarca el matrimonio, la familia y el hogar.

De acuerdo a Sennett (1977a/1978), en virtud de una serie de transformaciones de carácter político, cultural, social, artístico y económico que examina a detalle en su libro, acudimos desde el siglo XIX al “declive del hombre público” y al ascenso de una subjetividad delineada por los prestigios de la escena íntima, de una esfera privada y personal que enfatiza cada vez más los aspectos psicológicos del individuo, a la vez que desdibuja las directrices de la esfera pública y política. El narcisismo es la piedra de toque de este movimiento histórico de transformación de las relaciones del individuo con el

---

<sup>5</sup> Un análisis posterior y confluyente con el de Rieff ha sido realizado por Robert Castel (1981/1984) en su libro *La gestión de los riesgos*. Castel analiza, en el contexto francés, lo que él denomina “la nueva cultura psicológica”, caracterizada por “un consumo infinito de psicología” (167), y en la que la sociedad queda aplastada por “el universo unidimensional de lo psicológico” (191), en directa alusión a Marcuse.

mundo social: “el narcisismo es movilizad- do actualmente en las relaciones sociales por una cultura privada de creencia en lo público y regida a través del sentimiento íntimo como una medida del significado de la realidad” (403). El poder expresivo de la actuación pública del individuo, es decir, la capacidad individual de asumir un rol para entrar en el juego de las relaciones sociales distanciando ese rol público de la realidad interior del yo, es una capacidad que los individuos progresivamente han perdido en el transcurso de los dos últimos siglos. El narcisismo es, de acuerdo a esto, la anulación de dicha distancia y en consecuencia es la identificación del yo íntimo y personal con el rol social.

Sennett (1977a/1978) considera que es en el ámbito del trabajo en donde se expresa más explícitamente esta anulación de la distancia entre lo privado y lo público. En la economía de mercado del último tercio del siglo XX, el trabajo tiende a quebrar la especialización tradicional del trabajador y, en cambio, le exige una “flexibilidad” (408) nunca antes solicitada en el ámbito de la producción. Esta flexibilidad es una cualidad psicológica antes que una capacidad de acción efectiva, por ello lo que actualmente hace de un individuo un trabajador deseable no es tanto su experticia en una actividad específica en la cadena

de producción, sino su disposición psicológica virtual para desarrollar cualquier función o papel que se le solicite en el ámbito del trabajo. El trabajador deseable no es aquel que es efectivo en la realización de una tarea específica, sino aquel que muestra la disposición psicológica para llevarla a cabo, aunque, de hecho, no llegue a realizarla. El individuo no se define por lo que concretamente hace, sino por lo que expresa de sí mismo como virtualidad psicológica, por su mundo privado y personal.<sup>6</sup> Es por ello que “esta fuerza misteriosa, peligrosa que era el yo, comenzó a definir las relaciones sociales. Se transformó en un principio social. En ese punto, el dominio público de significado impersonal y acción impersonal comenzó a languidecer” (419).

La tendencia social hacia el declive de lo público y hacia el narcisismo como su consecuencia más exacerbada no es uniforme. Sennett (1977b/1980) reconoce que, siendo el psicoanálisis el campo que ha aislado el fenómeno del narcisismo como una patología del individuo, con ello ha propiciado la psicologización del

---

<sup>6</sup> Estas tesis acerca de la degradación del trabajo en el capitalismo tardío se ampliarán en el libro *La corrosión del carácter* (Sennett, 1998/2015).

problema; no obstante, “el discurso del psicoanálisis es una antipsicología” (36), en la medida en que actúa a contrapelo de los efectos despolitizantes del narcisismo. “La grandeza del ideal terapéutico original de Freud fue que él no trató de higienizar al yo”, nos dice Sennett (1977b/1980: 35), ya que el pesimismo terapéutico freudiano está orientado hacia la “aceptación de los rompecabezas del propio yo” (36). Es decir, el psicoanálisis —o cuando menos Freud— no busca el repliegue reflexivo del sujeto hacia sí mismo en un análisis interminable de sus clivajes interiores, sino que busca la asunción de la condición irremediabilmente fragmentada del sujeto para que este pueda proyectarse más allá de sí mismo, más allá de los límites de su propio yo, hacia un horizonte político y social.

Apenas dos años después de la publicación de *El declive del hombre público*, el sociólogo norteamericano Christopher Lasch publicaría su libro más polémico, el cual pondrá sobre el campo de batalla intelectual en Estados Unidos y en Europa, ya de forma muy directa, el problema no solamente de la cultura terapéutica, ni únicamente del narcisismo patológico, sino de un tipo de cultura productora de un narcisismo social. *La cultura del narcisismo* de Lasch se publica en 1979 y su recepción es muy heterogénea, celebrada

por quienes veían en esta obra un sólido paso hacia adelante en la crítica de la psicologización de las contradicciones de la sociedad capitalista, pero también criticada o hasta denostada por la abierta inconformidad que Lasch muestra hacia muchas de las posturas intelectuales de la llamada “Nueva Izquierda”.<sup>7</sup> Lasch (1979a/1999) se ubica en la línea de crítica que proviene de Rieff y Sennett cuando nos dice que “el último producto del individualismo burgués” es el “hombre psicológico”, al que ha dado paso el anterior “hombre económico” (16). El prototipo de este nuevo hombre psicológico es el narcisista, cuya obsesión principal no es ya la vieja culpa del burgués de la ética protestante weberiana, sino la ansiedad.

La descripción que Lasch (1979a/1999) hace del carácter narcisista sigue a detalle los avances de la clínica psicoanalítica. El carácter narcisista no debe entenderse solo como mero egoísmo individualista,

---

<sup>7</sup> Para explorar el panorama político complejo —tanto de la izquierda ortodoxa como de la derecha tecnocrática— que propició el surgimiento de una izquierda progresista y contracultural en los sesentas y setentas del siglo XX, llamada “Nueva Izquierda”, sigue siendo conveniente volver sobre el artículo, ya clásico, de E. P. Thompson (1959/2010) titulado *La nueva izquierda*.

ya que como Kernberg o Kohut lo habían apuntado ya, el narcisismo representa la dimensión psicológica de una dependencia hacia el otro. Es en este sentido que el narcisista de los setenta y ochenta del siglo XX que describe Lasch no es equivalente al viejo burgués individualista del capitalismo liberal, para quien el mundo es un contrincante y no un reflejo de sí mismo: “Para el narcisista, el mundo es un espejo, mientras que el individualista descarnado lo veía como un páramo agreste y vacío que había de ser moldeado según el diseño que él mismo proponía” (29).

Lasch se sitúa también en continuidad con las tesis que algunos de los representantes de la Teoría Crítica van a sostener acerca del declive del individuo burgués en el capitalismo posliberal desde las décadas de 1920 y 1930, por el efecto de la “herida narcisista” infligida por la declinación de la función paterna. También, desde una base explicativa orientada hacia algunas tesis marxistas asumidas por estos mismos pensadores, Lasch (1979/a1999) plantea que los capitalistas, al sacar la producción y la colectivización del hogar, se apropiaron de las habilidades y el conocimiento técnico de los trabajadores, subordinándolos bajo la dirección de la gerencia. Pero también, concomitantemente, extendieron el control sobre sus vidas privadas mediante la expansión de

una red de disciplinas y controles racionales, estatales y económicos, que tienden a anular la autoridad y la autonomía de la familia, tal como Foucault (1975/2002; 1973-1974/2007; 1974-1975/2007) lo ha descrito en sus genealogías sobre el poder disciplinario. No es que la familia haya desaparecido a la manera de la utopía platónica de la República, sino que, para Lasch (1979a/1999, 1979b/1996), en la cultura del narcisismo la familia se instrumentaliza al tiempo que la maternidad y la paternidad se profesionalizan mediante el conocimiento derivado de los especialistas en relaciones humanas (médicos, psiquiatras, psicólogos, psicoanalistas, pedagogos, trabajadores sociales, consejeros, sexólogos, etc.), perdiendo así su poder tradicional para oponerse al poder del Estado y del mercado.

El individuo autónomo declina y cede ante el avance de un sujeto modelado racionalmente por un mundo social y cultural del cual aquel es solo un reflejo especular. El narcisismo es esa condición que replica indefensa y especularmente la positividad del mundo social objetivado, pero en pleno desconocimiento de su objetivación originaria. El narcisista ya no es un proyecto lanzado desde una relativa autonomía individual, sino que es solo una subjetividad hecha a medida, y que refleja el orden cultural. Es por ello

que Lasch no está de acuerdo con Sennett cuando este afirma que el narcisismo es la manifestación del declive de lo público y de la reclusión en la interioridad personal. Lasch (1979a/1999) nos dice que “el culto de la intimidad no se origina en la afirmación de la personalidad, sino en su desplome” (51).

No obstante, también encontramos en Lasch una crítica interesante al planteamiento asumido por Horkheimer, Adorno y Marcuse. Para Lasch (1979a/1999), el narcisismo típico de la sociedad norteamericana de las décadas de 1970 y 1980 no se circunscribe a conductas que tendrían que ver directamente con la violencia segregativa, el antisemitismo, el racismo o el fascismo, como pudieron constatarlo los filósofos de la Teoría Crítica en sus estudios sobre la autoridad, el antisemitismo y el fascismo. El narcisismo que analiza Lasch se relaciona sobre todo con las tendencias culturales de consumo cultural que se popularizarían cada vez más en la segunda mitad del siglo XX: deseo de retorno a la naturaleza, reafirmación de la virilidad, feminismo, estado de bienestar, protestas sociales a favor de los derechos civiles y sexuales, psicoterapia, deporte, educación, etc. El análisis sobre el narcisismo cultural que emprende Lasch no se basa principalmente, como en la Teoría Crítica, en el

concepto de complejo de Edipo, sino en elaboraciones teóricas tardías de Freud. En particular, en la idea del narcisismo derivado de la denegación de la dependencia primitiva hacia la madre y en la separación respecto de ella, así como en la añoranza por la restitución de una completud originaria con el cuerpo materno. Por ello, Lasch (1979a/1999) define ese narcisismo cultural que orienta a la búsqueda constante de consumo y satisfacción como “el anhelo de quedar liberado del anhelo” (289), refiriéndose específicamente al intento de liberación del anhelo de restitución del narcisismo preedípico. Este tema Freud lo había explorado desde la mitad de la década de los veinte al problematizar la sexualidad femenina y el vínculo preedípico con la madre, y que será la base de las teorizaciones de Melanie Klein y de buena parte del psicoanálisis británico, del cual, recordemos, derivarán en buena medida los planteamientos de Kernberg y Kohut.

A partir de estas bases, Lasch no solamente va a dirigir sus baterías contra el avance de la “cultura terapéutica”, auspiciada por los poderes hegemónicos y la maquinaria consumista del capitalismo tardío, sino que denunciará y criticará con acritud a la propia crítica izquierdista de vanguardia, la cual habría sido también ya penetrada por el narcisismo y por su falso

ideal de autenticidad.<sup>8</sup> La crítica política de izquierda, marxista o no, jugó un papel importante durante la década de los sesenta del siglo XX en la impugnación de la autoridad familiar y de la tradición en general, ya no con el objetivo de la vieja vanguardia revolucionaria que colocaba su foco de interés en la lucha de clases y la toma del poder político, sino ahora con el objetivo de la liberación del individuo con miras a la conformación de una identidad auténtica. En una obra posterior titulada *The Minimal Self*, Lasch (1984/2022) extiende su crítica pasando revista a las posiciones de la izquierda para denunciar su complicidad con formas de dominación más sutiles que las que ellas mismas pretendían impugnar.

Un ejemplo de esta crítica es la que Lasch dirige a Marcuse —adalid intelectual de las protestas sesenteras y setenteras de la “revolución cultural”— y en particular a las tesis de *Eros y civilización*. Podemos decir que, si bien Lasch (1984/2022) aprueba en lo esencial la crítica marcuseana del revisionismo freudiano, señala no obstante que dicha crítica no excede los límites de la propia cultura del narcisismo, sino que depende de ella y que, de hecho, está formulada sobre el mismo suelo en el que los revisionistas planteaban su versión del psicoanálisis culturalista. El denodado énfasis que Marcuse

coloca en la subordinación de Eros al “principio de actuación” (versión capitalista del principio de realidad) en la sociedad industrial lleva implícita la idea de que el malestar deriva principalmente de la sumisión del sujeto ante el poder de la realidad exterior representada por el superyó. Planteamientos que, en opinión de Lasch, reconducen a las teorizaciones más tempranas de Freud sobre el superyó, el complejo de Edipo y el principio de realidad. Lasch (1984/2022) afirma que en este punto Marcuse no se desmarca ni de Fromm ni de Reich, pues comparte su convicción (ilustrada y con tendencias socialistas) de que el combate de dicha opresión depende del progreso de la razón y de la tecnología, y que una vez liberadas de la mortífera influencia capitalista, estas sentarán las condiciones para una vida agradable y sin dolor. Para Lasch, si bien el superyó es una fuente de malestar permanente para el sujeto, lo es no solamente porque sea el representante psíquico del poder exterior de la cultura, sino porque funciona como el representante del mundo interno, y en

---

<sup>8</sup> Lasch (1979a/1999) nos dice: “El culto de la autenticidad refleja el colapso de la orientación paterna y le brinda una justificación moral. Confirma, y arropa con la jerga de la liberación emocional, el desamparo paterno para instruir al niño en los modos del mundo o transmitirle algunas normas éticas” (208).

particular de él. En palabras de Lasch (1984/2022), el superyó “consiste en los propios impulsos agresivos individuales, dirigidos inicialmente contra los padres o los subrogados paternos, proyectados en ellos, reinternalizados como imágenes de autoridad agresivas y dominantes, y finalmente redirigidas en esta forma contra el yo” (175).

A lo que Lasch se está refiriendo aquí es al arcaico superyó kleiniano, que se hace valer con una agresividad salvaje mucho antes de la instauración del complejo de Edipo, en el tiempo primitivo de la relación especular con la madre. De acuerdo a esto, la angustia de castración sería solo una forma tardía de la originaria angustia de separación, y el superyó arcaico y vengativo que aqueja al sujeto provendría no esencialmente de la autoridad paterna o cultural, sino del miedo a las represalias maternas. Incluso Lasch (1984/2022) asume que el superyó edípico permitiría atemperar el superyó punitivo de la primera infancia, pues le añade un principio de autoridad más impersonal, inclinado a las normas éticas universales, menos dependiente de los orígenes emocionales en el vínculo con la madre y las fantasías de persecución. Así entonces, esta versión kleinizada de los orígenes psíquicos del yo, que Lasch defiende acerca de la situación del narcisismo propio de la cultura de masas, asume que la potencia-

ción de la enajenación del sujeto no deriva sobre todo de la declinación de su narcisismo yoico —supeditado en última instancia a la autoridad paterna—, sino que dependería de la vuelta sobre una forma de narcisismo más primitivo, más voraz e inestable, que se remonta a la relación afectiva original con la madre y a su separación de ella, con todas las consecuencias de añoranza y anhelo que conlleva.

Por esta razón, Lasch (1984/2022) efectúa la crítica de lo que denomina el “partido del superyó” (200), en el que subsume a los filósofos de la Teoría Crítica y a los revisionistas, quienes pugnarían por un retorno conservador a la autoridad patriarcal, para favorecer la consistencia del yo individual mediante la identificación con el Ideal del yo paterno. Pero también criticará, y quizá con mayor aspereza, a quienes integran lo que él llama el “partido de Narciso” (253), quienes se levantan en contra de una concepción bastante ingenua de la razón instrumental, al considerar que toda actividad con propósito es ya alienante. Para Lasch, las nuevas tendencias místicas, espirituales y naturalistas, que abogan por una suerte de retorno rousseauiano a una autenticidad natural, lúdica y placentera más allá de cualquier forma de racionalidad alienante, no pueden sino conducir a las derivas del narcisismo arcaico y desbocado del

superyó materno primitivo. Esta forma de búsqueda de una liberación mediante las premisas del partido de Narciso (su desconfianza en la razón, a la que reducen casi enteramente a mera racionalidad instrumental; su denuncia de la actividad no lúdica y de cualquier forma de autoridad, etc.) es la manifestación predominante del narcisismo contemporáneo. Narcisismo que penetra, de acuerdo a Lasch (1984/2022), las reivindicaciones políticas de la Nueva Izquierda.

La crítica y el encomio de la postura crítica de Lasch serán revisadas en los apartados siguientes, pero antes señalemos su posición final. ¿Hay una propuesta en Lasch para salir de la cultura del narcisismo? No encontramos en él un plan de acción política preciso, pues de hecho parece ser reacio a esa vía. No obstante, es importante y valiosa su penetrante crítica de la revolución cultural sesentera y setentera, pues como señala: “la única crítica de los valores tradicionales que vale la pena escuchar es aquella que simultáneamente emprende una crítica de la sociedad moderna” (Lasch, 1980: 125). Como señalábamos previamente, a pesar de que Lasch parte de un marco de comprensión histórico marxista, no plantea una crítica del narcisismo a partir de una reflexión profunda de la forma valor o del fetichismo de la mercancía. Más bien, parece optar por una salida que podríamos calificar de

“ética”. Al criticar tanto al partido del superyó como al partido de Narciso, Lasch no desprecia el valor del individuo, no pretende pues tirar al niño junto con el agua de la bañera. Más bien, aboga por un individuo cuya consistencia ética —es decir, su forma de conducirse críticamente frente al mundo— depende de su “consciencia crítica de la naturaleza divina del hombre”, de una consciencia desventurada, de una “consciencia dolorosa del abismo entre las aspiraciones y las limitaciones humanas” (Lasch, 1984/2022: 258). Esta consciencia de la división, de la tensión y del conflicto, como condición propia de la individualidad, permitiría deslindarse de las polarizaciones de la razón instrumental y del romanticismo naturalista, que aspiran, por un lado, al dominio intransigente de la naturaleza exterior e interior y, por otro, a la simbiosis atávica con la naturaleza primitiva. Y es por esto también que para Lasch, la intención consciente de sostener un compromiso con los otros no puede depender del miedo a la represión superyóica o a las represalias de quienes hemos dañado, sino de una capacidad de duelo y remordimiento que pone en juego nuestra capacidad de sostenernos en la contradicción mediante una reconciliación entre el desamparo y la autonomía. Postura que nos recuerda de nuevo su ascendencia kleiniana antes que freudiana.

### 3. La vuelta al narcisismo desde Lacan y el marxismo: caída de la identificación simbólica, psicologización y forma sujeto en Žižek, De Vos y Jappe

Como se ha podido apreciar, las interpretaciones que sobre el narcisismo social o cultural han realizado autores como Sennett, Lasch, o los pensadores de la Teoría Crítica, parten de un aparato conceptual psicoanalítico de orientación predominantemente freudiana o kleiniana. Más recientemente algunos otros autores han puesto en juego los conceptos provenientes de la obra del psicoanalista francés Jacques Lacan, así como del marxismo de orientación estructuralista, para efectuar una relectura de los análisis setenteros sobre la cultura del narcisismo. Además de los planteamientos de Slavoj Žižek y de Jan de Vos, quienes podrían ser agrupados bajo la impronta de la llamada “izquierda lacaniana”,<sup>9</sup> nos referiremos también a Alsem Jappe, quien debe situarse más bien dentro del marxismo de la llamada “nueva crítica del valor” orientado por los trabajos del grupo *Krisis* y de la obra de Guy Debord.

Las referencias de Slavoj Žižek al narcisismo en sentido psicoanalítico son incontables a lo largo de su obra, pero podemos

encontrar una reflexión directa sobre *La cultura del narcisismo* en el prólogo escrito por el autor esloveno a la traducción croata de 1986. Tanto en este prólogo titulado “‘Narcisismo patológico’ como forma de subjetividad socialmente obligatoria”, como en el apartado titulado “El narcisismo patológico” de su libro *Porque no saben lo que hacen. El síntoma ideológico* de 2016, Žižek aprecia de una manera positiva la descripción que ofrece Lasch sobre el narcisismo. El filósofo esloveno se muestra interesado en la propuesta de Lasch tanto por su comprensión etiológica de acuerdo a una base clínica kleiniana, como por su análisis cultural del narcisismo patológico. Pero Žižek va a colocar en el centro de su reflexión sobre el narcisismo la categoría de “super-yó”; nos dice:

El mérito de Lasch fue hacer ver ese culto de la expresión auténtica, liberado de normas alienadas, como la forma de apari-

---

<sup>9</sup> Es el término que Yannis Stravarakakis (2010) emplea para referirse a un conjunto de autoras y autores, heterogéneos entre sí, cuyas raíces teóricas y políticas pueden reconducirse a la enseñanza lacaniana y al marxismo estructuralista, sobre todo de raigambre althusseriana. Algunos de sus representantes más conocidos son Alain Badiou, Slavoj Žižek, Chantal Mouffe, Ernesto Laclau, Jorge Alemán, etc.

ción de una dependencia preedípica, como la forma misma de la subordinación a un Superyó materno más feroz y caprichoso que el viejo Ideal del Yo paterno (Žižek, 2016/2017: 86).

La falla en la internalización del Ideal del yo, es decir, de la ley paterna, obtura la superación (en el sentido hegeliano de una *Aufhebung*: negación/superación, pero también incorporación) del superyó cruel, sádico y anal de la primitiva relación diádica con la madre. Solo la “pacificadora” “ley interior” (Žižek, 1986: párr. 28) del Ideal del yo paterno, con la que se identifica simbólicamente el sujeto, puede permitir que la inexorable ley materna pierda su carácter absolutamente alienante, y solo así se instaura la dimensión crítica como un elemento censor interior al sujeto. Recordemos que Žižek usa la terminología de Lacan, para quien el superyó es la denominación de la identificación del sujeto con un significante especial llamado “Nombre del Padre”, el cual es el punto de incorporación del sujeto humano en el orden simbólico de la cultura y del lenguaje, dimensión en la cual la diferencia ordenadora se hace valer en la relación entre los significantes. La función simbólica quiebra la indiferenciación de las identificaciones imaginarias primitivas entre el yo y el Otro materno, otorgando un grado mínimo de autonomía al suje-

to, quien no obstante solo puede enunciar su deseo mediante los significantes que el Otro (simbólico) le brinda.

Žižek (1986, 2016/2017) considera que el camino interpretativo de Lasch no es errado. Cuando este se apega a Klein y se aleja del énfasis freudiano en el superyó paterno, lo que hace es indicar que, ante la caída del Ideal del yo paterno, el sujeto no queda a la deriva, sino que tiende a ser avasallado por el “resurgimiento de una instancia incomparablemente más agresiva”: el “Superyó maternal” (Žižek, 2016/2017: 85). Cuando la identificación simbólica (I(A)) del sujeto con el Ideal del yo se viene abajo ante el retroceso del orden simbólico, lo que queda al descubierto son las identificaciones imaginarias (i(a)) con el yo ideal sin ninguna mediación superadora (*Aufhebung*) ni sostén simbólico alguno. La falta de mediación simbólica de las identificaciones imaginarias, provenientes de la primitiva relación materna, se deslizan hacia una alienación salvaje que coloca al yo en la situación catastrófica de ser consumido por un superyó materno descarnado, por una ley que es puro mandato traumático, no integrable ni simbolizable. Esta ley materna es un Otro que no ofrece ningún significante como punto de identificación para el sujeto, es decir, es el superyó en su dimensión propiamente real.

El narcisismo primario que Freud describió en su artículo de 1914 es el que permite la constitución de un yo “normal” en su relación con el Ideal del yo interiorizado, el cual funge como una mediación simbólica para el yo desde un punto externo —pero interiorizado— a él mismo.<sup>10</sup> En el caso del narcisismo patológico, lo que apreciamos, siguiendo la lectura lacaniana-hegeliana de Žižek, es la reducción, por el fallo de la dialectización simbólica de las identificaciones imaginarias, de la dimensión subjetiva a la pura experiencia imaginaria. El yo no mediado simbólicamente, y por ello reducido a una alienación imaginaria voraz, es la condición del narcisismo patológico que Lasch describe en *La cultura del narcisismo*, y es también la condición del sujeto reducido al “hombre psicológico” del que hablaba Rieff. Pues justamente lo que propician todas esas formas de psicoterapia posfreudianas que proliferan hasta la actualidad, y cuyo objetivo apunta al logro de la autenticidad, se encuentran ya, dice Žižek (2016/2017) “al servicio del narcisismo patológico” (84).

Pero debido a que en Lasch no encontramos el recurso al análisis estructural que permite el aparato conceptual lacaniano —en particular su noción de Otro simbólico— no podemos captar la posición del narcisista patológico en su dimensión

simbólica constitutiva, es decir, en su relación específica de sujeto con el orden simbólico. Žižek (1986) apuesta a pensar que “el Borderline es la forma contemporánea de la histeria. Si el narcisista patológico representa la constitución libidinal prevaleciente en la tardía sociedad burguesa permisiva, el Borderline marca el punto de su histerización”. (párr. 49). Es decir, la forma extrema del narcisismo patológico, el individuo fronterizo —para usar la designación de Kernberg—, marca el punto en que el narcisismo se enfrenta a la paradoja de su propia posición ante el Otro. Como lo sabemos desde Freud, la histeria es la posición subjetiva que interpela el mandato superyóico al cuestionar al Otro por el deseo propio, por ello el borderline es la radicalización de la subversión del narcisismo ante el Otro. Si el

---

<sup>10</sup> Lacan usa el término “extimidad” para referirse a la dialéctica entre lo interior y lo exterior, sobre todo con una intención antipsicologizante. Al conjuntar en un significante los términos “exterior” e “intimidad”: extimidad, lo que propone es pensar lo psíquico más íntimo como lo que resulta más ajeno, y lo más ajeno como lo constitutivo de lo íntimo. Jacques-Alain Miller (2010) retoma el término para problematizarlo y nos dice: “hay que hacerlo significar y dejar allí una estructura que demuestre la posibilidad de construirlo, pensarlo, como lo más próximo, lo más interior a la vez que exterior” (13).

narcisista patológico, de acuerdo a Žižek (1986, 2016/2017), es el que se sumerge sin crítica en el mar de respuestas —sin preguntas— que ofrece la cultura de expertos psicológicos, el *borderline*, en cambio, es el que desestabiliza históricamente la *expertise* de la ciencia psicológica interpelando al Otro con la pregunta por su propio deseo. La posición histórica del *borderline* es aquella en la cual el sujeto “queda capturado en la paradoja del deseo” (Žižek, 1986: párr. 53), es decir, es la apertura a la convicción de que, más allá de todo el saber ofrecido por la cultura psicológica de nuestro tiempo, el sujeto no sabe lo que desea. Así que lejos de afirmar la supresión del sujeto en la cultura del narcisismo, podemos ver que este aún se levanta con una protesta histórica ante la dominación del Otro alienante y psicologizante, y esta protesta histórica lleva el nombre de “*borderline*”.

En esta misma línea de análisis lacaniano y marxista, el filósofo belga Jan de Vos, en paralelo con los planteamientos de Žižek, reconoce el valor de la “crítica de la política psicológica” (De Vos, 2010: 2; 2013: 73) que efectúa Lasch, al tiempo que denuncia que dicha crítica se logra solo mediante un “uso metapsicológico del psicoanálisis”, el cual se ve amenazado por un “proceso de psicologización” (De Vos, 2013: 73). De acuerdo a esto, aunque el

valor del análisis de Lasch, acerca de la forma en que las instituciones educativas y los expertos “psi” han colonizado la vida personal desmantelando la ya de por sí débil autoridad familiar, sea indudable, cabe la pregunta acerca de si su propio esfuerzo no está capturado dentro de aquello que tan mordazmente critica. De Vos considera que, en efecto, Lasch está “perdido” (De Vos, 2010: 6) y “atorado” (De Vos, 2013: 81) en la psicologización.<sup>11</sup> Como ya lo señalábamos, el psicoanálisis que Lasch emplea para realizar su crítica de la cultura narcisista se orienta más hacia la perspectiva de Melanie Klein que hacia la de Freud. Este psicoanálisis tien-

---

<sup>11</sup> Al hablar de “psicologización”, vale la pena recordar lo que señala David Pavón-Cuéllar (2019) al referirse a los procesos que ponen en primer plano lo psicológico y que son estudiados por Jan De Vos. De acuerdo a David Pavón-Cuéllar (2019), la psicologización sería el proceso de base mediante el cual llegamos a creer que “es en la psicología en donde hay que buscar las causas y las esencias de los crímenes, de las guerras, de las revoluciones, el comercio, el trabajo, el consumo, la política y todo lo demás. El meollo de todo es psicológico. La psicología se vuelve una *todología*, una ontología o al menos una antropología, puesto que no sólo se encuentra en el fondo y en el origen de todo lo que existe y ocurre en el mundo humano, sino que engloba todo lo que es, todo lo que es la humanidad, todo lo que es en ella y para ella... *todo es psicológico*” (16-17).

de a fungir como una base metateórica o metapsicológica, a la manera de una psicología más esclarecida que permite explicar la psicología a la que Lasch está criticando. Es decir, el psicoanálisis le sirve a Lasch como una psicología de mayor potencia explicativa que puede despejar las mistificaciones que produce la psicología dominante, popular o académica, la cual es justamente la psicología de los expertos “psi” que suplantán el papel de la familia como formadora del yo individual.

De Vos (2013) reconoce que, en *La cultura del narcisismo*, Lasch desarrolla una crítica importante a la psicologización de “los orígenes sociales del sufrimiento” (86), y esto es lo que propiamente denomina “crítica de la política psicológica”. Lasch habría encontrado en el narcisismo el producto psicológico individualizado de la puesta en marcha de mecanismos políticos y económicos que han desmantelado la autoridad de la familia y el individuo. El mérito de Lasch estriba en señalar que no nos encontramos solo ante la aparición de una condición clínica cuyas causas pudieran situarse únicamente al interior de la subjetividad individual o dentro de las transformaciones intrafamiliares recientes, sino que el narcisismo tendría su fuente en los cambios socioeconómicos y culturales propiciados por el capitalismo tardío que Lasch denuncia.

Es en este sentido que la crítica de Lasch apunta a revelar que lo social, y en particular, lo político, es ya desde el principio algo psicológico. Esta es una crítica a la política psicológica del capitalismo tardío, porque no concibe lo político solamente como la función de gobierno sobre lo social, sino que plantea que lo político está ya desde su origen imbuido de la dimensión psicológica y subjetiva. Esta política psicológica es una forma de dominio social basado en un principio psicológico. Por esto, Jan de Vos insiste en que Lasch no plantea simplemente que la cultura del narcisismo es una psicologización que reduciría los problemas sociales reales a meros conflictos psicológicos individuales ilusorios, sino que afirma el carácter esencialmente psicológico de la política del narcisismo. Lo social está ya desde el inicio escindido, está constituido por una contradicción que confronta la subjetividad y la totalidad social, y la subjetividad narcisista es la transferencia de esa “*Spaltung*” (escisión) (De Vos, 2010: 10) hacia el ámbito personal y privado.

Pero es en este punto en donde el análisis de Lasch encuentra su rendimiento máximo y luego se detiene. Cuando Lasch critica la autenticidad como ideal de la enajenación narcisista producida por la cultura terapéutica de expertos, y plantea el psicoanálisis como un modelo teórico que permitiría

contrarrestar dicha enajenación, incurre en una psicologización a la segunda potencia. Es decir, como ya señalábamos, Lasch encuentra la salida al problema de la psicologización en un empleo psicologizante del psicoanálisis. Por eso, De Vos (2010) afirma que Lasch “falla al teorizar la conexión entre política y psicología” (11). En *La cultura del narcisismo* el psicoanálisis aparece como una teoría que está por encima de la psicología y de la política, y se pasa por alto la manera en que, históricamente, aquel está comprometido con ambas. En este punto De Vos sigue muy de cerca a Žižek y a Jacques-Alain Miller, al señalar que el error de Lasch deriva de una ausencia de un análisis histórico de la subjetividad moderna. Dice de Vos (2013): “Él —Lasch— falla en dar cuenta de los fenómenos narcisistas que encontró en las décadas de 1970 y 1980 en términos de una historia del sujeto moderno” (88).

La mirada académica que tanto critica Lasch solo puede entenderse cabalmente si se retrotrae a sus orígenes en la reflexividad del sujeto cartesiano, pues en esa reflexividad racional encontramos el mecanismo subjetivante propio de la modernidad, a través del cual el sujeto se constituye mediante una escisión (*Spaltung*) —el sujeto pensándose a sí mismo como objeto— que lo objetiva en el producto de esa

misma reflexividad racional y académica (De Vos, 2010; 2013). Pero esa mirada racional que el sujeto posa sobre sí mismo no puede prescindir de los discursos científicos y políticos modernos, incluido el psicoanálisis mismo. Lasch coloca al psicoanálisis en una especie de “punto arquimiliano definitivo” (De Vos, 2013: 88), más allá de toda consideración histórica, y por ello lo asume como una teoría transhistórica. Es por lo anterior que Lasch no puede llegar a considerar que, como “teoría de la *Spaltung* y el *Unbehagen*, de la escisión y el malestar del sujeto moderno, el psicoanálisis creó la posibilidad de pensar un nuevo vínculo entre el sujeto y su mundo a través del inconsciente del sujeto y sus síntomas” (88).

El psicoanálisis también juega un papel en la historia de la producción del sujeto moderno proveyendo un discurso y una imaginería que permiten una forma específica de reflexividad mediante la atención a los síntomas y al inconsciente. Por esto, y como lo plantea decididamente Lacan (1965/2005): el sujeto del psicoanálisis es cartesiano, pues el sujeto escindido del psicoanálisis fue la primera elaboración verdaderamente consecuente de la reflexividad cartesiana. No obstante, este sujeto cartesiano y freudiano debe ser siempre rellenado con psicología para borrar su escisión constitutiva y para enajenarlo

en una ilusión autofundacional. El narcisismo es una de esas figuras psicológicas históricas que solo podrían entenderse cabalmente situándose en esta historia del sujeto moderno y su enajenación en los discursos de la ciencia.

Para finalizar este apartado, analicemos brevemente una lectura muy reciente del narcisismo desde una perspectiva marxista. En *La sociedad autófaga* de Anselm Jappe, libro publicado apenas en 2017, encontramos un esfuerzo interesante para pensar cómo, en el siglo XX y XXI, el valor se ha entronizado como principio de síntesis social por excelencia. El esfuerzo de Jappe (2017/2019) se orienta a pensar cómo es que, en el capitalismo, la “forma vacía” del valor tiende a desprenderse de su “forma básica” primordial que es el trabajo abstracto y a encontrar otras “expresiones” (23), tales como el fetichismo de la mercancía que es la “forma a priori” (28) del valor, en tanto determina las formas generales de la conciencia de los sujetos. Siguiendo a Marx, Jappe (2017/2019) concibe el sujeto propio del capital como algo no humanamente reconocible, sino como un mero “súbdito” o “funcionario” del “sujeto automático” (31) que es el valor. Así entonces, la caracterización de lo que Jappe denomina “forma sujeto” moderna debe partir del planteamiento de que dicha forma abstracta solo correspon-

de a una expresión específica de la metamorfosis de la forma valor general, que es el único verdadero sujeto en el capitalismo. Y Jappe (2017/2019) no tarda en asentar que “El narcisismo es uno de los rasgos característicos de la forma sujeto moderna” (33), mientras que el otro rasgo o “cara” (34) de la forma social “sujeto” sería el fetichismo de la mercancía.

Jappe pasa revista, con cierto detalle, a los planteamientos provenientes del psicoanálisis acerca del narcisismo y también a buena parte de los pensadores críticos que analizaron el narcisismo social y cultural durante la década de los sesenta y setenta, incluyendo al propio Lasch. Ya que hemos hecho previamente un análisis sobre tales perspectivas, no abundaremos en la revisión que lleva a cabo Jappe. Lo que el autor pretende mostrar es que el narcisismo psíquico no puede comprenderse sin ponerlo con relación a la teoría marxiana de la forma valor. El narcisismo sería una forma de subjetividad adecuada a las exigencias del capitalismo moderno. Mientras que las viejas neurosis freudianas habrían sido la forma de subjetividad concomitante a un momento del desarrollo del capitalismo decimonónico, el narcisismo presenta las características adecuadas a un capitalismo flexible, “líquido” e individualizante, en el que la tecnología juega un papel sustancial en la producción

de una ilusión de omnipotencia inusitada. Jappe (2017/2019) propone definir como “paradigma fetichista-narcisista” (158) a esta doble faz de la forma sujeto moderna como expresión de la forma valor.

Sobre todo, a Jappe le interesa identificar lo que Freud denominó “narcisismo secundario” con lo que él mismo llama “ausencia de mundo” (159). Recordemos que para Freud (1914/2004) el narcisismo secundario designa una introversión de la libido sobre el yo, una vez ya constituido el amor de objeto, introversión que generalmente resulta patológica, como en el caso del delirio paranoico. La “ausencia de mundo” implica que para el narcisista “el mundo sólo existe [...] como un espacio de proyección y como una concretización momentánea de sus fantasías”, y por ello “a ojos del narcisista todas las personas valen lo mismo y son intercambiables” (Jappe, 2017/2019: 159). Es por esta característica del narcisismo clínico que el mundo se reduce a un espacio abstracto homogéneo. Sobre este, Jappe plantea que puede suponerse un “paralelismo” o “isomorfismo” (160) entre la estructura narcisista del sujeto del valor y la estructura misma del valor, la cual no debe entenderse solamente como un factor económico, sino como una “forma social total” (160), en la medida en que es un principio estructurante de síntesis social. O bien, podemos

decir que con Jappe el narcisismo contemporáneo correspondería a la faceta subjetiva de la estructura general del valor.

El isomorfismo o paralelismo entre narcisismo y valor pone en primer plano la lógica propia del fetichismo de la mercancía, que

[...] consiste en una gigantesca *reductio ad unum*, en una eliminación de todas las particularidades que forman el verdadero tejido de la existencia humana y natural. La lógica del valor produce una indiferencia estructural con respecto a los contenidos de la producción y del mundo en general (Jappe, 2017/2019: 162).

Todo lo existente se convierte en un momento específico en el movimiento general de la abstracción que siempre vuelve a ser lo que es en un permanente “movimiento tautológico” (162). Esta lógica abstracta es expresada en la subjetividad por el narcisismo, pues para este el mundo y sus cualidades dejan de existir, ya que la única realidad es el yo. El yo narcisista tiende a reducirse a una unidimensionalidad —para retomar el término de Marcuse— que lo despoja de cualidades humanas. Por ello, nos dice Jappe que “el narcisismo [...] es la forma psíquica que corresponde al sujeto automático” (168). Puesto que de la misma forma que solo en

el capitalismo tardío —y específicamente en el neoliberalismo—, el valor pudo liberarse de ataduras políticas, religiosas, morales, etc., para aparecer en su forma pura y abstracta, también el narcisismo aparece en nuestro tiempo despojado ya de limitantes cualitativas. La forma sujeto narcisista, a decir de Jappe, estaría libre o casi libre de fricciones cualitativas, en la medida en que la diferencia ha colapsado debido a que la organización simbólica del mundo humano se reduce al unívoco criterio del valor. Pero a diferencia de Žižek, para quien el borderline es la manifestación histórica y subversiva del narcisismo patológico que interpela al Otro, para Jappe el borderline se levanta como el “modelo social” de la adaptabilidad, el “sujeto sin sujeto” (262) que se ajusta sin residuo a la lógica heterónoma del valor.

#### **4. Narcisismo y depresión: el colapso subjetivo y la tragedia de la insuficiencia en Ehrenberg**

En un trabajo relativamente reciente, el sociólogo francés Alain Ehrenberg (2013) señalaba que “Narciso es el ícono trágico de la crisis de la autosuficiencia” (18). También afirmaba que la crisis del liberalismo norteamericano es la crisis de la autosuficiencia, ya que la figura de Narciso, de la que hemos dicho ya bastantes

cosas, no podría comprenderse solo como una evolución natural de las formas clínicas del malestar subjetivo. Para Ehrenberg, el narcisismo de finales del siglo XX está directamente relacionado con la caída del ciclo del gobierno liberal tradicional, gobierno mediante el cual los Estados Unidos se habían constituido como nación independiente desde el siglo XVII al promover una forma específica de individualismo muy diferente del individualismo narcisista al del posterior capitalismo posliberal. Esto supone, de acuerdo a Ehrenberg (2013), que eso que desde el psicoanálisis denominamos “self” (el yo o el sí mismo) no puede reducirse a una mera categoría psicológica, sino que toma el valor de una “categoría antropológica”, a la manera de una “representación colectiva” (12) en la sociedad americana. Categoría liberal que funge como “interfaz” (12) entre lo personal y lo impersonal, y que alude a una suerte de capacidad motriz de actividad incansable del individuo. Pero también, el self es la categoría que expresa, para la teología política americana, una crisis permanente entre la elección personal o el destino social asignado por Dios, y esta tensión, a decir de Ehrenberg, es de donde precisamente el individuo liberal americano obtenía su sorprendente capacidad de autoafirmación y acción. Notemos que estas tesis no están tan lejos de la concepción adorniana del individuo

liberal y de las reflexiones de Tocqueville sobre el mismo tema. Si Ehrenberg (2013) plantea que Narciso es el signo de la crisis de la autosuficiencia, esto se debe a que el narcisismo contemporáneo, secularizado y despojado de la fe en Dios, es la tensión “entre la ansiedad del vacío y el goce de la omnipotencia” (17).

En *La fatiga de ser uno mismo* de 1998, Ehrenberg ya había planteado su tesis acerca del pasaje desde las enfermedades derivadas del modelo disciplinario<sup>12</sup> de la responsabilidad hacia las enfermedades de un modelo social basado en la soberanía individual. Las viejas neurosis surgidas del mundo social de la disciplina y la heteronomía eran la expresión del conflicto interior entre el individuo y las interdicciones externas. En cambio, nos dice Ehrenberg (1998/2000), las nuevas patologías características de la mitad del siglo XX y hacia adelante pueden entenderse como la expresión del esfuerzo por convertirnos en “individuos puros” (15), en tanto que ninguna ley moral o tradición exterior resultan suficientemente determinantes como para limitar el intento de autoafirmación soberana del individuo. La individualidad contemporánea no se delinearía ya por “el equilibrio entre lo permitido y lo prohibido”, pues esta dialéctica “declina en provecho de un desgarramiento entre lo posible y lo imposible” (16).

Es por lo anterior que la depresión —quizá la expresión sufriente más acusada del individualismo en el capitalismo tardío— puede entenderse también como la consecuencia inmediata de aquella “crisis de la autosuficiencia” de la que hablábamos en el párrafo previo. Es decir, la depresión, para Ehrenberg (1998/2000), sería una “tragedia de la insuficiencia” (19). No hay en la sociedad actual un imperativo heterónimo que permitiera al sujeto deslindarse, al menos parcialmente, de la absoluta responsabilidad que tiene sobre sí mismo. La responsabilidad soberana del sujeto sobre sí mismo, y con ello la consecuente insuficiencia psíquica, se origina en la declinación del conflicto entre el individuo y la norma social externa. Dice Ehrenberg: “el éxito de la depresión reposa sobre *la declinación de la referencia al conflicto*, sobre la cual se ha construido la noción de sujeto que nos ha legado el siglo XIX” (18).

Parece que la depresión es la pendiente a la que lleva inexorablemente el ascenso del narcisismo como autosuficiencia del individuo, pues, de acuerdo a Ehrenberg (1998/2000): “Si el conflicto está ligado a la culpabilidad, el déficit estará soldado,

---

<sup>12</sup> En el sentido en que Foucault examina el desarrollo de las disciplinas modernas y la sociedad disciplinaria.

ante todo, al narcisismo” (146). La exigencia de un mundo que no parece estar ya limitado a las constricciones de la ley de la tradición se torna imposible de cumplir para el sujeto narcisista. La cultura del narcisismo incita la insaciabilidad del yo, lo despoja de límites, y esto es equivalente a una inflación desestructurante, pues justamente es la norma exterior la que dota de fronteras definitorias al yo. La “sobrecarga desmesurada sobre el yo” (151), propia de las patologías narcisistas, torna la frustración muy difícil de soportar y el sujeto no puede encontrar satisfacción pulsional alguna, lo que desemboca en esa sensación de vacío y agresividad que tan detalladamente han descrito Kernberg y Kohut en el narcisismo patológico.

La característica potencia de la condición neurótica<sup>13</sup> contrasta con la debilidad deprimida del narcisista, caracterizada por los típicos síntomas de fatiga, abulia y as-tenia psíquica asilados desde el siglo XIX en las “neurosis de angustia”, “neurastenias”, el “spleen”, etc.<sup>14</sup> Esto quiere decir que la depresión cuasi endémica de finales del siglo XX es solo la piedra de toque de un progresivo proceso de debilitamiento narcisista del individuo liberal.<sup>15</sup> Es por esto que Ehrenberg (1998/2000) plantea que mientras el neurótico es un “enfermo de la ley”, el depresivo es un “enfermo de la insuficiencia” (153), y las lógicas subya-

centes a estas condiciones son, respectivamente, la de la “transgresión” y la de la “inferioridad” (154). ¿Representa este auge del llamado “modelo deficitario” (208) de la subjetividad narcisista y del malestar depresivo un ocaso del sujeto? Ehrenberg no encuentra suficientes razones para considerar

---

<sup>13</sup> Es decir, la gran capacidad energética para desarrollar síntomas corporales en el caso de la histeria, o la pertinaz aplicación obsesiva para el trabajo útil o inútil.

<sup>14</sup> Es el contraste que Ehrenberg (1998/2000) establece entre el modelo de las neurosis freudianas, caracterizadas por el conflicto psíquico y la culpabilidad, y las psicastenias janetianas, caracterizadas por el agotamiento psíquico, la depresión y la indecisión.

<sup>15</sup> El filósofo coreano Byung-Chul Han retoma los planteamientos de Ehrenberg en *La sociedad del cansancio* de 2010. El hombre depresivo, nos dice Han (2010/2017), es el “*animal laborans* que se explota a sí mismo” (30). En este planteamiento reconocemos también la tesis de Foucault (1978-1979/2007) acerca de la condición del sujeto en el mercado neoliberal, a la manera de un “empresario de sí mismo” (264). El individuo neoliberal se autoexplota haciéndose uno con la ley superyóica como imperativo de rendimiento, y queda reducido a un despojo inmovilizado por la extenuación. La negatividad característica del sujeto neurótico, mediante la cual producía síntomas que se alzaban como una impugnación de la ley, cede lugar a un “exceso de positividad” (Han, 2010/2017: 30) que no da espacio a la resistencia. Tanto el sujeto como la sociedad terminan reducidos, según Han, a la condición de una “*máquina de rendimiento autista*” (54).

que en la época posneurótica el sujeto haya desaparecido. Aunque la potencia dialéctica que caracterizaba al sujeto del drama neurótico en su confrontación con la ley haya sido eclipsada por la tragedia de la insuficiencia depresiva, eso no significa que el conflicto psíquico haya desaparecido plenamente, sino, en todo caso, que su evidencia se ha perdido y que, por lo tanto, ya no es una guía para encontrar al sujeto.

## **5. Reflexiones finales: sobre un tono apocalíptico adoptado no tan recientemente en relación a la cultura del narcisismo y al sujeto**

Hemos recorrido diferentes posiciones teóricas y políticas en torno al debate sobre el aumento del narcisismo y la forma cultural correlativa a él. Dichas posiciones se plantean desde mediados del siglo XX y hasta la actualidad. ¿Qué constantes existen en estos planteamientos? ¿Qué divergencias? ¿Cuál es la importancia de este debate en la comprensión profunda de la sociedad capitalista hacia la tercera década del siglo XXI y desde hace medio siglo atrás? ¿Qué nos dice acerca de la posición del sujeto en el contexto general de una cultura calificada como “narcisista”? ¿Qué implicaciones tiene para el psicoanálisis en su relación con las ciencias so-

ciales y con el marxismo? ¿Es justificado el tono apocalíptico de algunas posiciones teóricas y políticas que afirman el ocaso del sujeto aplastado bajo el peso de una enajenación que se cierra sobre el horizonte de la cultura del narcisismo?

Parece que todas o casi todas las posiciones examinadas aceptan la premisa fundamental, que proviene desde la tradición de la Teoría Crítica, de que el declive de la función paterna y de la autoridad de la familia patriarcal juega un papel determinante en la progresiva degradación del individuo burgués liberal, caracterizado originalmente por una autonomía y potencia crítica que le permitía autoafirmarse en contra de la heteronomía. Los mecanismos edípicos (represión, introyección, idealización, identificación) involucrados en la constitución del individuo liberal —reconocible aún en el sujeto freudiano— ceden su lugar a mecanismos psíquicos más primitivos y con menor capacidad de subjetivación. La forma subjetiva del individuo posfreudiano corresponde a lo que los psicoanalistas de mediados del siglo XX —principalmente Kernberg y Kohut— han aislado y designado como “carácter narcisista” o “narcisismo patológico”, cuya sintomatología no parece ya derivar de la represión estructurante propia de la posición neurótica.

Desde la tradición de la sociología norteamericana (Rieff, Sennett y principalmente Lasch) se reconoce, casi en bloque, que el narcisismo ascendente hacia la década de los sesenta, y muy evidente ya en los setenta del siglo XX, se relaciona con transformaciones sociales, culturales, políticas y económicas en las sociedades democráticas en fase de transición, desde un capitalismo posliberal de posguerras hacia un capitalismo de libre mercado sin limitación política o jurídica aparente, o lo que hoy denominaríamos “neoliberalismo”. Todos ellos reconocen una transformación cultural basada en una psicologización de las relaciones sociales, expresada en Rieff como el advenimiento del “hombre psicológico”, en Sennett como el declive del hombre público y en Lasch como la expansión de una cultura psicológica de expertos académicos que erosionan la autoridad familiar y promueven un narcisismo psíquico despolitizante en los individuos. Pero como ya se ha mostrado, los matices de sus análisis conducen a conclusiones distintas, sobre todo en Sennett y Lasch. Mientras que Sennett considera que el desmantelamiento de los mecanismos burgueses tradicionales de regulación de las relaciones públicas favorece la ponderación del narcisismo de la vida privada, Lasch afirma que el narcisismo se debe más bien al desgaste de lo privado por la colonización efectua-

da desde una cultura psicológica de expertos. Es indudable que *La cultura del narcisismo* marca la pauta de un debate que se prolongará hasta nuestros días, y por ello la importancia de dicha obra no debe subestimarse.

Los marxistas lacanianos aceptarán las tesis básicas contenidas en el libro de Lasch, pero las analizarán bajo el esquema de la enseñanza lacaniana o desde el enfoque de un marxismo pasado por el tamiz de otras perspectivas más recientes. Žižek y De Vos coinciden en el planteamiento de que Lasch habría realizado una descripción acertada de los mecanismos ideológicos-psicológicos que erosionan la estructura simbólica en las sociedades del capitalismo tardío. Por su parte, Žižek enfatiza que el problema del narcisismo se relaciona con un debilitamiento de las identificaciones simbólicas y con el desbloqueo de un super-yó materno, primitivo y voraz que amenaza al yo con un imperativo descarnado de goce. De Vos, por su parte, aprecia la “crítica de la política psicológica” que lleva a cabo Lasch, pero le critica el haber quedado cautivo en la psicologización al emplear el psicoanálisis como una metapsicología. Žižek y De Vos coinciden en que Lasch no logra dar cuenta adecuadamente de la serie de transformaciones históricas y socioeconómicas que propiciaron el surgimiento de una economía libidinal

narcisista en la sociedad permisiva de la década de los setenta y ochenta. Por su parte, Jappe —quien no tiene una relación de coincidencia teórica directa con los dos anteriores— examina el narcisismo desde el punto de vista de la crítica del valor y lo identifica, junto con el fetichismo de la mercancía, con la “forma-sujeto”, que sería una expresión de la forma valor estructurante de la sociedad capitalista.

Finalmente, hemos extendido la reflexión hasta los planteamientos de Alain Ehrenberg, quien coincide indirectamente con todos los anteriores al reconocer el paso de un modelo de la responsabilidad a un modelo del rendimiento en cuanto a la manifestación de la psicopatología contemporánea. El narcisismo sería la condición subjetiva que marca la crisis del individualismo autosuficiente característico de las sociedades liberales, mientras que la depresión sería la neurosis sin represión, sería la condición que manifiesta el debilitamiento del sujeto insuficiente para cumplir con el imperativo de ser dueño absoluto de sí mismo.

Para nosotros, es importante entender la condición de la subjetividad narcisista tanto en sus manifestaciones sintomáticas como en su etiología o en sus componentes estructurales, pero lo es aún más el poder reflexionar sobre las condiciones

culturales que han propiciado su avance y aumento en cierto momento histórico. Esto es así porque la subjetividad no es, como quisiera creerlo la psicología dominante, autoconsituyente, sino que siempre está mediada por la objetividad social, la cual en el capitalismo es el producto reificado de la lógica del plusvalor. Así, la subjetividad se constituye a través de la mediación social, y los síntomas del malestar pueden ser vistos como el signo de una falla en el proceso de cosificación de los sujetos.

Aclaremos que, al seguir los planteamientos de Rieff, Sennett, Lasch y otros, no pretendemos sumarnos a ese gesto sociológico recurrente en ellos que consiste en diagnosticar la cultura. Consideramos que tal diagnóstico implica una ontologización de lo social que tiende a resolver, ilusoriamente y de un plumazo, la complejidad de la dialéctica entre la economía libidinal-psíquica del sujeto y la mediación social objetivada, la cual es un efecto reificado de la lógica del capital. Entonces, si retomamos términos tales como “cultura terapéutica” o “cultura del narcisismo”, lo hacemos solo para designar formas específicas de mediación social reificadas, productoras de subjetividad enajenada, como, por ejemplo, la subjetividad narcisista. Entonces, lo que falta a estos modelos de análisis sociológico es justamente la

referencia marxiana al valor y al fetichismo de la mercancía, que son la condición *sine qua non* para que podamos tener una explicación estructural de la subjetividad en el capitalismo. No obstante, reconocemos que los análisis sociológicos a los que nos referimos previamente tienen la innegable virtud de ser pormenorizados y detallados en cuanto descripciones de las características y de la conformación histórica de la sociedad y de la cultura típicas del capitalismo posliberal de posguerra, en transición hacia su conformación como capitalismo neoliberal en el último tercio del siglo XX.

Podemos constatar que el narcisismo patológico, característico de las sociedades de posguerras, se relaciona con transformaciones específicas en la estructura y funcionamiento del capitalismo. En particular, nos referimos a la progresiva e intensiva desregulación del mercado capitalista que sobreviene después del auge y declive de los estados fascistas del periodo que va desde 1920 y hasta 1950, y de los estados de bienestar surgidos del *New Deal* y del *Welfare State* desde la década de 1930. Este periodo de transición hacia el capitalismo neoliberal, que va desde finales de la década de los cincuenta y hasta los ochenta, se caracteriza por el desmantelamiento a gran escala de la regulación estatal del mercado, lo cual conlleva una autonomi-

zación casi completa de la economía capitalista respecto de cualquier límite exterior a ella. A nivel cultural esto se manifiesta en una concomitante impugnación de la heteronomía política y jurídica, pero también de cualquier normativa tradicional, incluyendo a la familia patriarcal. Esta impugnación de la tradición no se hace en nombre directo del mercado, sino de valores ideológicos que encubren su raíz económica y son atribuidos al individuo, tales como la libertad, la autenticidad, la autorrealización, el placer, etc. Como podemos constatar, estos son los temas predominantes de la llamada “cultura terapéutica”, en el sentido de Rieff.

Así que la transformación desreguladora del sistema capitalista implica una puesta en circulación de ideologías que pugnan por una ilusoria autonomía individual. Las relaciones sociales de producción del capitalismo posliberal secretan su propia forma de cultura permisiva y hedonista. El sujeto adecuado a esta forma de economía y a esta forma de cultura es también un sujeto desregulado, es decir, un sujeto cuya constitución ha dejado de depender de la confrontación con una ley exterior. El narcisismo es la condición de un sujeto que se constituye sin el enclave simbólico exterior de la ley paterna, sino a través de un giro autorreferencial hacia su propio yo, donde no encuentra más que un relleno

ilusorio de autosuficiencia. Los síntomas de narcisismo son el quiebre de esa ilusión y el desfallecimiento de la potencia negativizadora del sujeto. Se comprende que este sujeto debilitado, que padece una insuficiencia crónica —a decir de Ehrenberg— sea el sujeto que el capitalismo tardío requiere. El individuo neurótico liberal era aquel que se afirmaba ante la sociedad en una dialéctica que le permitía el logro de cierta autonomía, pues de hecho el conflicto con el exterior se interiorizaba en su propio yo. La neurosis era la “mediación del antagonismo social” (Zamora, 2018: 1008), era la interiorización del antagonismo exterior. La subjetividad narcisista parece carecer del referente simbólico (Ideal del yo) que podría permitirle un punto de estructuración externo —pero interiorizado— que lo dotara de consistencia suficiente para no sucumbir ante la devoradora asimilación de la imagen materna primitiva, o en términos lacanianos: para no sucumbir ante la captura alienante de la imagen del otro especular. El sujeto arrojado al narcisismo más arcaico no tiene la consistencia simbólica suficiente que le permitiera impugnar el mandato de la cultura capitalista, el cual es un imperativo intransigente de goce. Así que el narcisista es un sujeto pacificado a fuerza de ablandar su carne simbólica. El narcisista no es ya el sujeto que afirma históricamente su deseo ante las exigencias de la cultura, sino que es el sujeto

reducido a una suerte de residuo de una licuefacción libidinal. Es el sujeto reducido a pura libido líquida sin límite significante, es decir, a pura sustancia gozante cuya forma ha sido destruida, y que por ello mismo es fácilmente degradable a lo que Marx (1867/1984) denomina “gelatina de trabajo humano indiferenciado” (47) al referirse al trabajo abstracto, es decir, el trabajo reducido a puro gasto de fuerza de trabajo desprovisto de cualidades. Aquí encontramos una relación que quizá vaya más allá de la mera analogía de forma: el quiebre de la ley simbólica y su consecuencia desubjetivante es análoga —o isomórfica, a decir de Jappe— a la reducción, bajo la lógica del capital, del valor de uso a mero valor de cambio, en la que todas las cualidades diferenciadas se reducen a una igualdad cuantitativa.

Todos los planteamientos que hemos examinado retoman la teoría psicoanalítica en alguna de sus orientaciones específicas: freudiana, kleiniana, lacaniana, escuela del yo, etc. Ya sea como punto de vista psicopatológico y clínico (Kohut, Kernberg), o como objeto de crítica sociológico (Rieff), como soporte psicológico o metapsicológico de análisis sociológico (Sennett, Lasch, Ehrenberg) o de análisis marxista (Jappe), o bien, como campo indispensable (complementario, análogo u homólogo) para una comprensión

marxista de la realidad social y cultural (Žižek, De Vos), en cualquier caso, el psicoanálisis está presente. La presencia del psicoanálisis en los análisis sobre la subjetividad narcisista en el capitalismo tardío es relevante, no solo para dar cuenta de una sintomatología y un malestar individuales que se transforman en función de los cambios en los antagonismos sociales. El psicoanálisis puede ofrecer los elementos teóricos necesarios para una reflexión acerca de la intrincada relación dialéctica entre el sujeto y las demandas culturales provenientes de la sociedad capitalista.

El debilitamiento del individuo que la Teoría Crítica ha puesto en primer plano en las sociedades posliberales fascista y de masas parece desembocar en un daño masivo al yo que propicia un narcisismo exacerbado. Por supuesto, aquí no entendemos narcisismo como consistencia y fortaleza del yo, sino como debilidad de sus límites y de su capacidad autoafirmativa. El psicoanálisis puede ofrecer un esclarecimiento teórico acerca del individuo reducido a esos “postpsicológicos átomos sociales desindividualizados” a los que se refería Adorno (1951/2004: 404). La subjetividad narcisista representa el grado cero de la profundidad psíquica, al individuo reducido al delgado espesor de una pantalla yoica que solo puede reflejar, inconscientemente y sin oponerse,

las demandas culturales del capitalismo tardío. No estamos ya ante el individuo liberal freudiano cuyo territorio interior se extiende hasta lo abisal reprimido, lugar de la dialéctica a partir de la cual se forja un yo consistente, sino que estamos ante un sujeto aplastado bajo una positividad que no deja espacio para lo psíquico negativo en su interior. Es por esto que Marcuse (1963/1970) ya anticipaba la obsolescencia del individuo freudiano en las sociedades fascistas y de masas del capitalismo posliberal. Para la década de los setentas y ochentas, el individuo narcisista analizado por Lasch es lo que Jan de Vos describe como “el nivel cero de la subjetividad” (2010: 19), ya que “la personalidad de la modernidad tardía describe al ser humano como aquel que psicologiza a todos y todo, pero no tiene ningún peso psicológico. Al psicologizar, uno pierde la psicología” (De Vos, 2013: 77). La cultura narcisista es psicologizadora y está profundamente psicologizada, pero en ella la psicología profunda y dialéctica que hacía del individuo una entidad autónoma y capaz de oponerse a las demandas culturales se diluye. La psicología no es ya un patrimonio interior del sujeto, sino que se encuentra constituyendo la realidad del mundo socioeconómico y cultural. Esto es de lo que el psicoanálisis puede dar cuenta en su estrecho acercamiento al marxismo, porque el psicoa-

nálisis no puede ser ya solamente análisis del interior psíquico —en realidad nunca fue solamente eso—, sino que debe ser un análisis de la economía libidinal en su intrincada determinación psico-social, y debe poder decir algo sobre la lógica global de esa determinación, es decir, sobre la lógica del capital.

Para finalizar, ¿significa lo anterior que no queda sino adoptar el tono, un tanto apocalíptico, que puede derivarse de los planteamientos acerca del ocaso de la potencia subjetiva del individuo para autoafirmarse frente al sistema? Encontramos este tono no solamente en las perspectivas revisadas, sino en otros autores y autoras. Por ejemplo, la psicoanalista Julia Kristeva (1995/1995) afirma, al referirse a los “nuevos pacientes”, que “la experiencia cotidiana parece demostrar una reducción espectacular de la vida interior” (15); son condiciones que evocan “la imposibilidad de los psicóticos para simbolizar” (16), al grado de “destruir el espacio psíquico” (17). Por su parte, el filósofo Dany Robert Dufour (1996/2002) advierte del advenimiento de un sujeto autorreferencial, sujeto que ha perdido toda posible distancia y reflexividad sobre sí mismo a falta de un punto de exterioridad constituyente, es decir, de algún referente simbólico externo. En un tono mucho más pesimista, el psicoanalista Massimo Recalcati (2010/2021)

afirma que el sujeto contemporáneo ha sufrido una “profunda mutación antropológica” (31) relacionada con la promoción del discurso capitalista, la cual ha dado paso a un “hombre sin inconsciente” (39), un hombre que ha perdido la experiencia de significación y de verdad, es decir, que ha perdido el inconsciente estructurado como un lenguaje. El sujeto contemporáneo, dice Recalcati, es un sujeto cuyo inconsciente ha sufrido una merma notable en su estructura simbólica y ha dado paso a la forma del “inconsciente real” como pura “voluntad de goce” (44). Alain Ehrenberg (1998/2000) no iguala la declinación del sujeto freudiano con un colapso de la subjetivación, sino que aquella “muestra más bien que el ser humano de hoy ya no es el mismo de finales del siglo XIX, pues las condiciones y las formas de la finitud han cambiado” (249).

Este recuento de posiciones no es, de ninguna manera, exhaustivo, pero muestran en mayor o menor grado ese tono apocalíptico que señalábamos en torno al ocaso del sujeto. Por nuestra parte, no podríamos admitir el cierre absoluto del universo social enajenado, es decir, no podemos afirmar una subsunción total de la singularidad en la totalidad social cosificada. La subjetividad, aunque reducida a su mínima expresión, no es asimilable enteramente por la mediación social. Como

señala Zamora (2018) en consonancia con la dialéctica negativa de Adorno: “la coacción instauro permanentemente una distancia, genera un resto no completamente integrable” (1005). La potencia dialéctica del sujeto no debe, claro está, buscarse en un ilusorio espacio interior de “autenticidad”, sino en la mediación social misma. No defendemos el retorno a los referentes simbólicos de la tradición (la familia, la religión, el Estado), impugnados ya y quizá hasta sepultados, pero sí podemos promover la crítica, desde ese grado cero de subjetividad en suspenso, de las formas masivas de enajenación capitalista contemporánea que favorecen el desmantelamiento de la capacidad crítica y reflexiva del sujeto. El malestar subjetivo, a pesar del enjambre de mecanismos de administración social puestos en marcha en el capitalismo tardío para silenciarlo, no desaparece. Las terapéuticas más positivas y afirmativas solo pueden encontrar aún más el sufrimiento psíquico del sujeto en la medida en que niegan lo evidente: que la cultura contemporánea, exigiendo la felicidad y la autenticidad a toda costa, solo logra producir su opuesto exacto.

El malestar entonces, no ha desaparecido, aunque las formas prototípicas a partir de las cuales Freud lo concibió no estén presentes o sean poco frecuentes en nuestro tiempo. La psicopatología característica

del capitalismo tardío no desconoce el malestar, aunque este sea objeto de toda clase de estigmatizaciones, desvalorizaciones o de intentos de supresión por la vía de psicofármacos o de falsas terapéuticas del alma. Y es precisamente por el hecho de que aquel sigue vigente a pesar de sus encubrimientos o de sus negaciones, por lo que el psicoanálisis sigue resultando pertinente, no para acabar con él, pues no es tarea del psicoanálisis acabar con el malestar, sino para darle la palabra, para ofrecerle el lugar que le corresponde. Suprimir el malestar en una cultura sustentada en una irracionalidad económica patológica solo significa adaptar y readaptar al sujeto a ella y, así, realizar las condiciones de la reproducción de dicha cultura en donde el psicoanálisis es imposible como verdadera terapéutica. El malestar no es pues prescindible, no es innecesario en una cultura como la nuestra. Es el último bastión desde el cual el sujeto se mantiene en resistencia contra los embates de una cultura cuyas exigencias son deshumanizantes, y el psicoanálisis tiene la tarea de mostrar y sostener, sin necesariamente resolver, la contradicción entre el sujeto y la cultura, fuente primaria del malestar.

## Bibliografía

- Adorno, Theodor W., 1951/2004. “La Teoría Freudiana y el modelo de la propaganda fascista”. En *Escritos sociológicos I*. Madrid: Akal. 380-407.
- \_\_\_\_\_, 1952/2004. “El psicoanálisis revisado”. En *Escritos sociológicos I*. Madrid: Akal. 19-38.
- Barret, Michel; McIntosh, Mary, 1982. “Narcissism and the Family: A Critique of Lasch”. *New Left Review* 135: 35-48.
- Castel, Robert, 1981/1984. *La gestión de los riesgos. De la anti-psiquiatría al post-análisis*. Barcelona: Anagrama.
- De Vos, Jan, 2010. “Christopher Lasch’s The Culture of Narcissism: The Failure of a Critique of Psychological Politics”. *Theory Psychology* 20: 528-548. <https://doi.org/10.1177/0959354309351764>.
- \_\_\_\_\_, 2013. *Psychologization and the subject of late modernity*. New York: Palgrave Macmillan.
- Dufour, Dany-Robert, 1996/2002. *Locura y democracia: ensayo sobre la forma unaria*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ehrenberg, Alain, 1998/2000. *La fatiga de ser uno mismo. Depresión y sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- \_\_\_\_\_, 2013. “The notion of social pathology: a case study of Narcissus in American society”. En Kieran Keohane y Anders Petersen (eds.), 2013. *The social pathologies of contemporary civilization*. England: Ashgate Publishing Company.
- Foucault, Michel, 1973-1974/2007. *El poder psiquiátrico*. Curso del Colegio de Francia 1973-1974. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_, Michel, 1974-1975/2007. *Los anormales*. Curso del Colegio de Francia 1974-1975. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_, 1975/2002. *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_, 1978-1979/2007. *El nacimiento de la biopolítica*. Curso del Colegio de Francia 1978-1979. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Freud, Sigmund, 1914/2004. "Introducción del narcisismo". En *Obras completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu. 65-98.
- \_\_\_\_\_, 1937/2004. "Análisis terminable e interminable". En *Obras Completas*. Vol. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu. 211-254.
- \_\_\_\_\_, 1932. "La caracterología psicoanalítica y su utilidad para la psicología social". En Erich Fromm, 1970/2011. *La crisis del psicoanálisis*. Madrid: Paidós. 166-200.
- Han, Byung-Chul, 2010/2017. *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Jacoby, Russell, 1980. "Narcissism and the crisis of capitalism". *Telos* 44 (summer): 59-65.
- Jappe, Alnselm, 2017/2019. *La sociedad autófaga. Capitalismo, desmesura y autodestrucción*. España: Pepitas de Calabaza.
- Kernberg, Otto, 1975/1979. *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Kilminster, Richard, 2008. "Narcissism or Informalization? Christopher Lasch, Norbert Elias and Social Diagnosis". *Theory, Culture & Society* 25 (3): 131-151.
- Kohut, Heinz, 1971/2015. *Análisis del self. El tratamiento psicoanalítico de los transtornos narcisistas de la personalidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kristeva, Julia, 1995/1995. *Las nuevas enfermedades del alma*. Madrid: Cátedra.
- Lacan, Jacques, 1965/2005. "La ciencia y la verdad". En Jacques Lacan, 1966. *Escritos II*. México: Siglo XXI.
- Lasch, Christopher, 1979a/1999. *La cultura del narcisismo*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- \_\_\_\_\_, 1979b/1996. *Refugio en un mundo despiadado. Reflexión sobre la familia contemporánea*. Barcelona: Gedisa.
- \_\_\_\_\_, 1980. "Narcissism and the problem of morale". *Telos* 44 (summer): 122-125.
- \_\_\_\_\_, 1984/2022. *The minimal self. Psychic survival in troubled times*. New York: Norton.

Maiso, Jordi, 2013. “La subjetividad dañada: Teoría crítica y psicoanálisis”. *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica* 5: 132-150. <http://constelaciones-rtc.net/article/view/819>. Consultado el 2 de octubre de 2022.

\_\_\_\_\_, 2019. “Socialización capitalista y mutaciones antropológicas. Adorno, el nuevo tipo humano y nosotros”. *Conciencia Social* (segunda época) 2: 65-80. ISSN-e 2605-0641.

Marcuse, Herbert, 1963/1970. “El “anticuamiento” del psicoanálisis”. En *Ética de la Revolución*. Salamanca: Taurus. 95-116.

Marx, Karl, 1867/1984. *El Capital. Crítica de la economía política. Libro primero: el proceso de producción del capital*. México: Siglo XXI.

Miller, Jacques-Alain, 2010. *Extimidad. Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain, Miller*. Buenos Aires: Paidós.

Pavón-Cuéllar, David, 2019. “Prólogo. La psico-política de Jan de Vos ante nuestra psicologización en el capitalismo”. En Jan de Vos, 2019. *La psicologización y sus vicisitudes*. México: Paradiso.

Recalcati, Massimo, 2010/2021. *El hombre sin inconsciente*. México: Paradiso.

Reich, Wilhelm, 1933/1957. *Análisis del carácter*. Argentina: Paidós.

Rieff, Phillip, 1996/2007. *The triumph of the therapeutic. Uses of faith after Freud*. Wilmington: ISI Books.

Sennett, Richard, 1977a/1978. *El declive del hombre público*. Barcelona: Península.

\_\_\_\_\_, 1977b/ 1980. *Narcisismo y cultura moderna*. Barcelona: Kairós.

\_\_\_\_\_, 1998/2015. *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

Stavrakakis, Jannis, 2010. *La izquierda lacaniana: psicoanálisis, teoría y política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Thompson, Edward P., 1959/2010. “La nueva izquierda”. *Contrahistoria. La otra mirada de Clío* 14: 79-94.

Zamora, José A., 2001. “Th. W. Adorno y la aniquilación del individuo”. *Isegoría* 28: 231-243. DOI: <https://doi.org/10.3989/isegoria.2003.i28.515>.

\_\_\_\_\_, 2004. *Theodor W. Adorno: pensar contra la barbarie*. Madrid: Trotta.

\_\_\_\_\_, 2007. “El enigma de la docilidad. Teoría de la sociedad y psicoanálisis”. En Mateu Cabot, Ramis (ed.), 2007. *El pensamiento de Th. W. Adorno: balance y perspectivas*. Palma, Universitat de les Illes Balears: 27-42.

\_\_\_\_\_, 2013. “Subjetivación del trabajo: dominación capitalista y sufrimiento”. *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica* 5 (diciembre): 151-169. <http://constelaciones-rtc.net/article/view/820>. Consultado el 2 de octubre de 2022.

\_\_\_\_\_, 2018. “Individuo y sociedad en Th. W. Adorno: tensiones y mediaciones entre teoría de la sociedad y psicoanálisis”. *Revista Veritas. Porto Alegre* 3 (63): 998-1028. DOI: 10.15448/1984-6746.2018.3.32759.

\_\_\_\_\_, 2021. “Subjetivación y sufrimiento en Theodor W. Adorno: Reflexiones ‘desde’ la vida dañada”. *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica* 13: 419-447. <http://constelaciones-rtc.net/article/view/4596>. Consultado el 2 de octubre de 2022.

Zaretsky, Eli, 2004/2012. *Secretos del alma. Historia social y cultural del psicoanálisis*. Madrid: Siglo XXI de España.

Žižek, Slavoj, 1986. “Pathological Narcissus” as social Mandatory Form of Subjectivity. En <http://www.manifesta.orgmanifesta3/catalogue5.htm>. Consultado el 3 de octubre de 2022.

\_\_\_\_\_, 1999. *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Buenos Aires: Paidós.

\_\_\_\_\_, 2016/2017. *Porque no saben lo que hacen. El sinthome ideológico*. España: Akal.